

EL IMPERIO ULTRAMARINO Y LA ESPAÑA DE ENTRE SIGLOS EN *LOS AYACUCHOS*

THE TRANSATLANTIC EMPIRE AND END-OF-CENTURY SPAIN IN *LOS AYACUCHOS*

Francisca González Flores*

RESUMEN

Este artículo tiene como objeto el análisis de la situación de la España de entre siglos tal como la plantea Benito Pérez Galdós en uno de los episodios menos estudiados por la crítica, *Los Ayacuchos* (1900). Es esta la novena novela de la tercera serie de *Episodios Nacionales*, iniciada en abril de 1898, poco después del hundimiento del acorazado Maine y sólo unos meses antes del Desastre. El carácter de transición y crisis social, política e identitaria de este momento histórico está presente en todas las novelas de la serie y, especialmente, en *Los Ayacuchos* (episodio culminante del ciclo), donde se esboza una reflexión sobre el proceso de formación de la nación española tras la pérdida de las colonias transatlánticas y se establece, a través de un entramado simbólico, una relación entre los problemas de modernización de la España de comienzos del siglo XX y el antiguo imperio ultramarino.

PALABRAS CLAVE: Pérez Galdós, *Episodios Nacionales*, Ayacuchos, colonias transatlánticas, España de entre siglos.

ABSTRACT

This essay explores end-of-century Spain as it is presented by Benito Pérez Galdós in one of his least known episodes, *Los Ayacuchos* (1900). This is the ninth novel of the third series of *National Episodes*, a series which Galdós started writing in April 1898, shortly after the sinking of the battleship USS Maine and just a couple of months before Spain's defeat in the Spanish-American war and loss of its remnant colonies. All the novels in this series focus on the political, social, and identity crisis faced by Spain at that time, but (as it will be shown in this analysis) it is in *Los Ayacuchos* where Galdós offers a deeper reflection on the relationship of the former transatlantic colonies with Spain's process as an emerging modern nation.

KEYWORDS: Pérez Galdós, *National Episodes*, Ayacuchos, transatlantic colonies, end-of-century Spain.

En la primavera de 1898, y tras diecinueve años de hiato, Benito Pérez Galdós retoma la escritura de sus *Episodios Nacionales* con una tercera serie de diez novelas que rememoran el periodo comprendido entre 1834 (en plena I Guerra Carlista) y 1846 (año de las bodas de Isabel II). Fue este un periodo de transición (política, nacional e identitaria), vivido por España tras la muerte de Fernando VII y durante la guerra civil y las Regencias, muy similar a la época en que se elabora y publica la tercera serie (desde abril de 1898 hasta octubre de 1900), poco después de la Guerra de Cuba y del emblemático 98.

La unión de estos dos momentos históricos en la tercera serie de *Episodios* no sólo ofrece una reflexión sobre el proceso de formación de la nación española moderna durante el siglo XIX, sino que además asocia este proceso con el imperio ultramarino. Concretamente será en el noveno episodio, *Los Ayacuchos*,¹ donde Galdós coloque a las colonias literalmente en el centro de las consideraciones sobre la identidad nacional española planteada por la serie. Así, para la novela culminante de la serie, Galdós elige un título que centra la atención en los militares (conocidos popularmente como ayacuchos) que lucharon en las guerras de independencia latinoamericanas y supuestamente participaron en la contienda que determinó la pérdida del imperio americano continental (la batalla de Ayacucho, 1824), y que después regresaron a España, se agruparon en torno al general y regente Baldomero Espartero y participaron en la vida política peninsular.

* Stanford University.

La aproximación del primer momento postdescolonizador (tras Ayacucho) al último (tras 1898) al aunar el presente de la narración al del lector, produce una historicidad doble² que une en el texto dos momentos históricos: los conflictos coloniales —los momentos de las dos grandes descolonizaciones, el post-1824 y el post-1898— y los peninsulares —las Guerras Carlistas y el fracaso de la monarquía liberal—. Estos momentos entran en un diálogo crítico en el episodio que nos ocupa, exponiendo las similitudes entre los problemas que aquejaron al imperio y los que estaban aquejando a la nación. A continuación, se mostrará cómo Galdós propone en *Los Ayacuchos* dos vías para alcanzar la regeneración de la España de entre siglos: por un lado, la vía económica, basada en el impulso del comercio (ultramarino y con Europa en general) como forma de cohesión nacional y, por el otro, la vía identitaria, basada en la renovación de los valores y conceptos arcaicos que definían lo español ante Europa y el mundo en general. En primer lugar, veremos cómo Galdós retrata al gobierno central español, la falta de integración de la periferia y la excesiva e ineficaz centralización política y económica, y, en segundo, cómo se sirve de los naufragios (literales y metafóricos) de dos de los personajes principales del episodio para ilustrar la importancia de las colonias transatlánticas en el desarrollo de la nación española.

Galdós abre *Los Ayacuchos* con una reflexión sobre el estado de España y de su centro político (la corte real) a través de una narración que tiene, irónicamente, la forma de un cuento de hadas. Así, el narrador nos cuenta sobre la vida de las «regias niñas» (8), Isabel y su hermana Luisa Fernanda, en el Palacio Real, ofreciéndole al lector una ojeada al interior de la Casa Real (normalmente inaccesible para el pueblo) que se presenta como el hogar de una familia disfuncional, sin padre y con una madre ausente que perdió las riendas de la casa (y, como regente, las llaves de su casa —el control de España— en el destierro). La descripción del narrador se realiza tomando el punto de vista de las niñas (la futura reina y su hermana), quienes, solas y sin supervisión paterna ni materna, ven el palacio de España como un gigantesco patio de recreo:

In diebus illis (octubre de 1841) había en Madrid dos niñas muy monas, tiernas, vivarachas, amables y amadas, huérfanas de padre, de madre poco menos, porque ésta andaba como proscripta en tierras de *extranjis* (...) y aunque se desvivía por volver (...) no acertaba con las llaves de la puerta de España. Vivía la parejita graciosa en una casa tan grande, que era como un mediano pueblo: no se podía ir de un extremo a otro de ella sin cansarse; y dar la *vuelta grande*, recorriendo salas por los cuatro costados del edificio, era una viajata en toda regla. Subiendo de los profundos sótanos a los altos desvanes, se podían admirar regiones y costumbres diferentes en capas sobrepuestas, distintos estados de sociedad que encajaban unos sobre otros como las bandejas de un baúl mundo. En la bandeja central, prisioneras en estuches, vivían las dos perlas, apenas visibles en la inmensidad de su albergue (7-8).

La metrópolis, Madrid, se identifica aquí con la corte y el palacio real con una casa-nación donde se reproducen las distinciones sociales y geopolíticas y donde la líder (en este caso, la futura reina Isabel II) se encuentra recluida en el centro (un «estuche protector») aislada de los manejos de los políticos de una oligarquía que, a su vez, se ejercita en la manipulación y la intriga para satisfacer ambiciones personales. Según el narrador, corretear por el palacio es, para las niñas regias, una tarea equivalente a explorar, o «dar la vuelta grande», al mundo, una clara referencia a las colonias transatlánticas. El proceso de expansión imperial (la «vuelta grande») se une en la narración al acercamiento a las diferencias socioeconómicas y culturales de las distintas regiones (las distintas capas que conforman España) como juego simplista, inconsciente y pueril, poniéndose de relieve la falta de conocimiento de ambas periferias (la imperial y la metropolitana cuya exploración es en sí una aventura) por parte de su futuro y esperado líder, así como la falta de integración entre sus partes, ordenadas en una sociedad profundamente jerárquica que sitúa a los distintos grupos en «capas sobrepuestas», dependiendo de su situación geográfica o socioeconómica, con lo que permanecen aislados los unos de los otros haciendo prácticamente imposible la creación de una comunidad nacional.

Por otro lado, y como muestra de esta posición excluyente y arcaica del gobierno central, el narrador ofrece una reflexión de la princesa sobre su nombre propio, Isabel, un «nombre glorioso» (17) que:

la obligaba a emular las virtudes y el talento de la otra Isabel, a quien apellidaron *Católica*. Todos, hasta los criados, le decían lo mismo. Pero si no se le presentaban ocasiones de des-

cubrir otras Américas y de conquistar otras Granadas, ¿qué haría? Pues dar muchas limosnas para que no hubiera pobres en el Reino... Dinero no había de faltarle, corazón le sobraba. Pues, ¡viva Isabel II! (17-18).

El nombre de pila de la niña reina se asocia con el de la España imperial y remite a una época de extensión y acumulación de territorios, de glorias militares y de opulencia provenientes de las colonias transatlánticas, que habían definido y aún seguían definiendo lo español. La tradicional actitud paternalista de la metrópoli hacia la periferia, un control disfrazado de generosidad condescendiente que muestra, por otro lado, una absoluta indiferencia hacia la procedencia del capital, una ignorancia de la realidad económica del país tras Ayacucho así como de las necesidades de las provincias (ultramariñas), es precisamente lo que debía modificarse para obtener una regeneración.

El narrador explica más adelante cómo la base de la nueva España moderna se encuentra en la economía, en el comercio con Ultramar, tal y como proclamaban los liberales tras la revolución de 1868, quienes pretendían transformar España siguiendo el modelo inglés (Dendle: 1980, 6) y adoptando su visión de la expansión colonial como una expansión económica y no como una misión civilizadora:

Los tiempos habían cambiado: la libertad y las ideas revolucionarias hacían mangas y capirottes de las antiguas jerarquías, y se estaba formando una sociedad nueva, una flamante aristocracia, cuyo blasón era una onza de oro sobre dos mundos de plata y el lema *in utroque invicta* (26).

Las nuevas jerarquías³ vienen establecidas por el dinero y no por la sangre, y en el escudo de la España moderna el sol simbólico del escudo de armas tradicional (que nunca se ponía en el imperio español) se ve sustituido por una moneda de oro; la imagen de la dualidad de los territorios españoles de ambos hemisferios, representados por dos mundos bajo el sol imperial ya desde el siglo XVIII (Reyero: 2010, 36), cobra nueva vitalidad durante el Trienio Liberal para expresar la hermandad entre España y América (Reyero: 2010, 39). En este episodio, la hermandad de los dos mundos tiene un fundamento económico (la moneda de oro) y sustituye el antiguo lema imperial «*a solis ortu usque ad occasum*» («desde el amanecer hasta el ocaso»), refiriéndose a la vastedad de España, por el nuevo lema «*in utroque invicta*», el capital es «invencible en ambos mundos». Como el historiador Christopher Schmidt-Nowara señala, entre la batalla de Ayacucho y el 98, los últimos reductos coloniales americanos le dieron forma a la nación española al crear una comunidad imaginada que compartía un mercado nacional y una serie de valores (los de la denominada familia hispana) que justifican el uso del discurso imperial para construir la nueva nación moderna de las ruinas de la vieja España absolutista (192, 202, 205).

Por otro lado, la alusión a Isabel la Católica trae a la palestra unos valores identitarios (presentados desde dentro de España como mitos nacionales) asociados al pasado de expansión imperial (basados en una belicosidad a la que acompaña una piedad religiosa) y usados como forma de legitimación de España ante la Europa moderna. La necesidad de desviar la atención de este orgullo patrio y de estos mitos nacionales arcaicos y que enfatizan una supuesta capacidad de conquista y civilización, así como una superioridad moral y de carácter asociada al catolicismo, hacia temas más importantes en la construcción de una España moderna y relacionados con la descentralización política y económica, será ejemplificada por Galdós en *Los Ayacuchos* a través de dos personajes: Pilar de Loaysa (madre del protagonista, Fernando) y Santiago Ibero (joven militar amigo de Fernando), unidos en la narración por haber sufrido precisamente (como la España de la época) un naufragio.

El lector se familiariza con los naufragios de Pilar y Santiago⁴ gracias a una carta que Fernando le escribe a su novia, Demetria, describiendo la caída y transformación de ambos personajes en el mismo espacio textual. Como veremos con más detalle a continuación, en el caso de Pilar nos encontramos ante un naufragio literal, que refiere al lector directamente a las batallas navales de la guerra contra EE.UU. y la pérdida de los territorios de Ultramar, y, en el de Santiago, ante uno espiritual que revela la crisis de España, del espíritu de lo español en el proceso de modernización y de paso de imperio a nación.

Pilar, la madre de Fernando, se encuentra afectada por males indeterminados que la crítica ha venido acertadamente señalando como una representación alegórica de la España enferma, degenerada, del XIX (Dendle: 1980, 59-60). Tras un empeoramiento repentino (que coincide en el tiempo histórico con

el asalto al Palacio Real de octubre de 1841), Fernando la ayuda a abandonar su residencia en Madrid y ambos se dirigen a Sitges (puerto importante en el comercio con las colonias americanas). La mejoría se produce casi inmediatamente y Fernando la atribuye a los paseos marítimos que ambos dan en su nueva barca, bautizada Nuestra Señora del Pilar, nombre de la dueña, pero también, y más importante, de un famoso navío español que realizaba el trayecto Manila-Acapulco en el siglo XVIII, transportando plata americana y sedas y adornos de lujo asiáticos. Para acelerar la recuperación de la enferma, por tanto, no bastan solamente la armonía y la pureza del aire rural costero, pues los paseos por el mar son la mejor terapia curativa. El mensaje de esta trama simbólica no puede estar más claro: en la era de la expansión marítima europea, España no puede limitarse a recordar desde Madrid sus hazañas ultramarinas para legitimarse ante Europa, sino que debe concentrar su atención en los puertos y dedicar sus esfuerzos náuticos al intercambio mercantil.

Las excursiones marítimas de madre e hijo se producen sin incidencias durante todo el invierno y la primavera. Será en verano, tras la marcha de Fernando a Madrid y precisamente en julio de 1842 (unos meses antes de los bombardeos de Barcelona), cuando Pilar (acompañada solamente por un amigo sacerdote, Pedro Hillo) sufra su naufragio durante una travesía que Fernando describe extensamente en una carta a Demetria:

Cuatro días antes de mi llegada, salieron mi madre y D. Pedro a su diversión por el Mediterráneo: hallándose muy afuera, les cogió una fuerte virazón al Oeste, y aunque la fortaleza de la embarcación les garantizaba del peligro de ahogarse, pasaron un gran susto. (...) Mi madre se puso tan mala, que tuvo que pernoctar en Villanueva y Geltrú, donde se le manifestaron los efectos de la mojadura y el enfriamiento. Me ha contado Hillo que al día siguiente del naufragio, cuando venían para Sitges en la desvencijada tartana que pudieron encontrar, pasó la mayor angustia de su vida, creyendo que mi madre se le quedaba en el camino (...) He suprimido el departamento de Marina, y he mandado que me saquen a tierra la barca (...) Mírala allí tumbada de un lado, vergonzosa de su mala acción, aunque ella dice que no tiene culpa de lo sucedido, que fue la mar, la juguetona mar quien nos hizo la jugarreta... Y la mar dice que no fue ella, sino el cielo... Ve tú a entenderlos... (145).

Este fragmento alude directamente a antiguas derrotas marítimas sufridas por España en su historia (como la de la Armada Invencible de 1588, que las referencias algo burlescas a la derrota provocada por los elementos meteorológicos parecen querer recordar) y que culminan con las de 1898, principalmente la batalla naval de Santiago, producida en julio, mismo mes del naufragio de Pilar. La «virazón al Oeste» con la que comienza el siniestro parece una clara referencia a las Indias Occidentales y apunta al origen de la enfermedad actual de la madre patria en sus anacrónicas pretensiones imperiales. La pernoctación en el pueblo barcelonés de Villanueva y Geltrú continúa las alusiones postcoloniales, pues este lugar era conocido por la prosperidad económica y cultural que sobrevino cuando su puerto fue autorizado a comerciar con América. De este modo, será en un puerto comercial donde primeramente se pongan de relieve las consecuencias económicas de la guerra de Cuba, los «efectos de la mojadura y del enfriamiento». Después de la expedición náutica tornada en naufragio, Pilar vuelve a Sitges en un vehículo, una tartana⁵ para ser más precisos, desarticulada y cuyas piezas están a punto de separarse, metáfora apropiada para la situación de la España de la época, cuyas piezas (las colonias ultramarinas y las provincias peninsulares), ya perdidas o por perder, amenazan la integridad del país, como se traduce en la agonía de Pilar y en el hecho de que su compañero de viaje pensara «que se le quedaba en el camino».

La cercanía temporal del naufragio con la violenta represión de las revueltas de Barcelona trae a la palestra el paralelismo entre la violencia de la desintegración imperial y la de la peninsular. Este hecho se ve confirmado en el segundo naufragio de la novela, el de Santiago Ibero, provocado por los resultados de un brote de violencia interna que termina con la vida de un joven marino, Montes de Oca, tras su intento de levantamiento en el País Vasco.⁶ El propio Santiago describe su estado de misteriosa enajenación mental a través de metáforas marítimas: «Me cogieron en lo mejor de mi vida terribles tempestades, y después de estrellarme en los escollos del error, he venido a tomar tierra en la playa del desengaño» (147). La presencia de las calamidades marinas (tanto en la costa como tierra adentro) simboliza no sólo el fin de la era imperial de expansión marítima española, expresada por la supresión metafórica del departamento de Marina y la barca encallada (en el naufragio de Pilar), sino también de

la esperanza en el comienzo de una nueva era nacional de supuesta reconciliación, unidad y paz en que sólo predomina la desilusión y el desencanto (expresada en el naufragio de Santiago).

Al ser informado de la condición de Santiago, Fernando se dirige a Madrid, donde Santiago supuestamente está llevando una vida austera en una mísera casa. Tras un viaje caro, penoso y lento, simbólico de la dificultad de comunicación entre el centro y la periferia peninsular, Fernando llega a un Madrid «en plena crisis ministerial» (126), situación que aprovecha para dejar claro su escepticismo hacia el ministerio y su desprecio ante las mezquinas peleas personales de la oligarquía ministerial, de un gobierno central que está destruyendo toda posibilidad de modernización: «¿Pero aquí están todos dementes? ¿Es esto la metrópoli de una nación o el patio de un manicomio?...» (127). Y no sólo la política, sino también las fuerzas tradicionales lo decepcionan: «Iglesia y Milicia me resultan igualmente ineficaces para el conocimiento que busco. Esto me anonada. ¿Qué debo hacer? ¿Dar por terminada mi misión, con fracaso evidente, o persistir, revolver más escombros humanos y meter el gancho hasta lo más hondo del montón?» (128). Los pilares en que se asentaba el imperio español (el poderío militar y el religioso) ya no sirven en el nuevo orden político, económico y social de la nación en ciernes. Los antiguos valores se han quedado obsoletos y son ya una caricatura de sí mismos, como el mismo Fernando indica: «Donde creí encontrar a Santiago, topé con un sacristán loco que compone imágenes de santos, poniéndoles cabezas de chisperos y atributos de tauromaquia» (128).

Fernando encontrará finalmente a Santiago en Cataluña, encerrado en un monasterio del que lo liberará casi a la fuerza precisamente poco antes de que estalle la revolución de Barcelona en noviembre de 1842. Como el mismo Fernando explica en su carta a Demetria, la causa del furor de los barceloneses es la «cuestión algodonera» (162), es decir, una protesta ante el fin del proteccionismo del mercado textil catalán (amenazado por la competencia de los textiles ingleses, más baratos), visto como un ataque desde el gobierno central a la economía regional (Carr 203). La industria catalana se había desarrollado gracias a las inversiones de indianos catalanes, cuyas fortunas hechas en Ultramar sirvieron para adquirir maquinaria moderna, pero aún necesitaban de un mercado nacional para colocar sus productos (Carr: 202-203). En la metrópoli, la industria y el comercio no habían sido las principales preocupaciones de los gobernantes, ni a la hora de cuidar sus conexiones con América, ni a la hora de tener en cuenta la importancia del mercado colonial como mercado nacional. Tras Ayacucho, el mercado con las colonias fue la base para superar los conflictos internos en el proceso de formación de una nación española (Schmidt-Nowara: 2004, 199), hecho que Galdós enfatiza a lo largo del episodio como elemento clave en el proceso de modernización de España.

La liberación de Santiago no sólo significa el alejamiento de una religiosidad excesiva y unos temores supersticiosos de efecto paralizador, sino también la toma en consideración y la satisfacción de sus necesidades propias (Fernando le ofrece ropas nuevas y dinero para gastos personales). Son estos unos actos simbólicos que ejemplifican el comportamiento ideal de un gobierno central secular consciente y respetuoso de las diferencias y necesidades de las distintas provincias. De esta actitud se deriva el final feliz del episodio (las bodas dobles de Fernando y Santiago con sus novias respectivas), reflejo de unas esperanzas todavía puestas en el gobierno por venir (la monarquía liberal de la nueva reina), pero de carácter efímero, como el autoexilio de ambas parejas de recién casados prueba. En el siguiente y último episodio de la serie, *Bodas reales*, el narrador nos habla de la huida a Francia de Fernando, Santiago y sus esposas y de cómo ellos «sólo deseaban que la política de nuestra tierra aprendiera y enseñara el respeto de las opiniones, para poder las dos familias volverse a las dulzuras patriarcales de La Guardia» (227). La situación de los jóvenes da pie para realizar un último y esencial comentario sobre la España de inicios del siglo XX: en su proceso de regeneración, no sólo eran factores esenciales la secularización del gobierno y el énfasis en la economía, sino también un saneamiento de la política que eliminara realidades indeseables, como el turno de partidos y el caciquismo, y permitiera la disensión. Gran plan de acción propuesto por Galdós en esta novela, donde combinando la eliminación de anacronismos (religiosidad excesiva, grandes pretensiones coloniales) con la implementación de principios propios de un estado liberal moderno (énfasis en la economía y el comercio, transparencia y tolerancia política), se conseguiría la fórmula que habría llevado a la regeneración de España como nación moderna en el comienzo del nuevo siglo.

BIBLIOGRAFÍA

- CARR, R., *España 1808-1939*, Barcelona, Ariel, 1968.
- COFFEY, M., *The Episodios nacionales: a sociological study of the historical novels of Benito Pérez Galdós*, Diss. Northwestern University, 1996.
- COFFEY, M., “‘Un curso de filosofía práctica’: Galdós’s assessment of Spanish colonial history”, *Anales Galdosianos* 38-9, 2003-4, pp. 49-67.
- DENDLE, B., *Galdós, the Mature Thought*, Lexington, University Press of Kentucky, 1980.
- GARCÍA-CARO, P., “Entre familiaridad y exotismo: *La vuelta al mundo en la Numancia*, un episodio (trans)nacional de Benito Pérez Galdós”, *Vanderbilt e-journal of Luso-Spanish Studies*, 5, 2009, pp. 58-71.
- KEMPEN, M., “Concepts of nation and nationalism in Benito Pérez Galdós’s *Episodios Nacionales*”, Diss. University of Wisconsin-Madison, 2007.
- PÉREZ GALDÓS, B., *Los Ayacuchos*, Madrid, Historia 16, 1995.
- PÉREZ GALDÓS, B., *Bodas Reales*, Madrid, Historia 16, 1995.
- REYERO, C., *Alegoría, Nación y Libertad. El Olimpo Constitucional de 1812*, Tres Cantos, Siglo XXI, 2010.
- SCHMIDT-NOWARA, C., “‘La España Ultramarina’: Colonialism and Nation-Building in Nineteenth Century Spain”, *European History Quarterly*, 34, 2004, pp. 191-214.

NOTAS

- ¹ En *Los Ayacuchos* Benito Pérez Galdós narra el apogeo de las aventuras del protagonista de la tercera serie, Fernando Calpena, en el periodo comprendido entre 1841 y los primeros meses de 1843, es decir, la época de la regencia de Espartero, momento que le da la oportunidad para recordar la infancia de la princesa Isabel, la rebelión de 1841 y el intento fallido de rapto de Isabel II, así como la violenta represión de las revueltas en Barcelona ordenada por Espartero y ejecutada por Van Halen.
- ² Pedro García-Caro introduce el concepto de historicidad doble (o texto estereográfico) en su análisis de otro episodio de Galdós de la cuarta serie, *La vuelta al mundo en la Numancia*, en el que Galdós utiliza el mismo método para conectar el presente del lector post-98 (1906) con el de la Guerra del Pacífico (1864-1866).
- ³ Estas nuevas jerarquías aparecen representadas en *Los Ayacuchos* a través de uno de sus personajes, el gentilhomme Mariano Díaz de Centurión, aristócrata libertino venido a menos que se muda a Madrid para encontrar la estabilidad económica y reciclarse. El origen andaluz de Centurión remite a su vez a los puertos más importantes en el comercio colonial, Cádiz y Sevilla, arruinados tras Ayacucho.
- ⁴ Los nombres de ambos personajes tienen un obvio significado alegórico que se relaciona con su papel simbólico en la obra: Pilar sería así la personificación de la España tradicional y Santiago Ibero la del espíritu del antiguo pueblo español, sus valores éticos, su resolución, entereza y carácter solidario.
- ⁵ En el uso común de la palabra y en el contexto de la novela, la palabra 'tartana' se refiere a un carruaje, aunque en otro escenario también puede referirse a una embarcación pequeña. La polisemia de la palabra enlaza así con el doble sentido y el simbolismo que domina la escena en particular y toda la novela en general.
- ⁶ Aunque normalmente se ha atribuido la misteriosa crisis de Santiago a un conflicto con su novia, me parece que éste es un factor secundario ya que el cambio radical de comportamiento de Santiago se produce inmediatamente tras la muerte del marino al final del episodio anterior (titulado precisamente *Montes de Oca*).